Marcos Ana en Montevideo:

EL POETA NACE EN LA CARCEL

★ **El ciclo del Ateneo del Uruguay sobre "El es critor y la vocación literaria"** se vio repentinamente ampliado por la presencia en Monte video de Marcos Ana, tan ampliado que debió trasladarse a un teatro —desbordante de públi co— donde el poeta español analizó la herencia artística de sus mayores y explicó cómo él mis mo, a los 33 años había de descubrir su vocación. De la conferencia del teatro Victoria se pu blica aquí un fragmento de la grabación, no corregida por el autor.

EN ese cuadro, de lucha por el desarrollo de nuestra literatura nacional, de lucha por no perder el contacto con nuestro patrimonio progresivo de nuestra cultura, yo también, y ese era uno de los temas, que esta noche querían los compañeros que me ocupara, comencé a escribir poemas, comencé a hacerme poeta, creo que mal poeta o mediano poeta, en unas circunstancias especialmente difíciles. Yo, como miles y miles de jóvenes españoles que combatimos en la guerra civil, que defendimos a golpes de corazón, y parapeto a parapeto, la legalidad republicana en España, fui encarcelado en el año 1939, cuando mi juventud nacía, a los 18 años de edad. Durante los primeros años de cautiverio íbamos llenando nuestro corazón con las más tristes y hermosas historias, con la lucha y con la dignidad de los compañeros que caían ante los pelotones de ejecución, con el drama y el heroísmo de nuestras mujeres, de nuestras novias y de nuestros hijos, y nuestra lucha era para sobrevivir. Pero a pesar de todo, nosotros, en la cárcel, desarrollamos inmediatamente una gran fiebre de estudio, procuramos que los hombres, y especialmente los jóvenes que estábamos encarcelados, no perdiéramos nunca de vista que habíamos perdido un juego pero no la partida, que aquello no era definitivo, que era una derrota circunstancial, que teníamos una cita con el futuro y que teníamos que prepararnos para acudir a esa cita con el porvenir en las mejores condiciones posibles, y comenzamos a estudiar. Estudiábamos a pesar de que cada amanecer se llevaban a cuarenta o cincuenta compañeros para ser fusilados, y estudiábamos a pesar de que cada día teníamos que enterrar a cuarenta o cincuenta compañeros que morían de hambre o de miseria en las cárceles. Pero estudiábamos porque sabíamos que nos debíamos a nuestras ideas, que nos debíamos al pueblo, que nos debíamos a ese presente y sobre todo a un futuro, y era tan profunda esa ansia de aprender y estudiar, sobre todo entre los jóvenes que estábamos cautivos, que, como ya he explicado algunas veces, hasta los condenados a muerte permanecían estudiando hasta el minuto en que eran nombrados para salir a enfrentarse con la muerte. He visto a muchos cientos, y a miles también, de compañeros míos, que tuvieron que cerrar el libro porque eran llamados para ser fusilados. Y a pesar de que nosotros nos quedábamos con la emoción de los últimos abrazos, a pesar de que vivían durante muchas horas en nuestros corazones los últimos vivas de los camaradas que iban a asesinar, a pesar de todo, a la mañana siguiente abríamos nuestros libros y seguíamos estudiando porque sabíamos que la cárcel no podía ser nuestra tumba, porque sabíamos que nosotros estábamos allí para seguir aprendiendo y para convertir las cárceles en universidades de trabajadores, en universidades de revolucionarios .

EN esas condiciones, en el año 1954, y no antes, yo comencé a escribir mis primeros poemas. Ser poeta en la cárcel no es difícil. Yo creo que es lo más fácil. Y creo sinceramente que todos los presos son extraordinarios poetas aunque no escriban poemas. Y les digo, no por hacer una frase, sino por algo que he comprobado yo personalmente, que hay mucha más poesía en el corazón de mis hermanos que en todos mis poemas juntos. Que ser poeta en la cárcel, escribir poemas en la prisión, es tener un poco de oficio, pero es tener sobre todo un gran sentimiento para vivir hermanado con el drama de los compañeros, para vivir de cerca la tragedia de nuestras mujeres y de nuestros hijos, y trabajar con el dolor y con la esperanza de aquellos hombres que, a pesar de la adversidad, se mantenían dignos, se mantenían con la frente alta. Durante dos años, los dos primeros años de cautiverio, yo he bajado todas las noches a las celdas de capilla a despedir a mis hermanos; durante los dos primeros años, cada noche, yo he recogido de los labios y del corazón de un centenar de compañeros que iban a ser fusilados a la madrugada siguiente, los últimos mensajes de amor y de esperanza para sus mujeres y para sus hijos, las últimas palabras de aliento para nosotros. ¿Cómo iba a ser difícil para mí escribir poesía? Yo creo que lo único que ocurre es que yo no he tenido la fuerza suficiente en el corazón, para cantar el calvario y la esperanza de nuestras mujeres, no he tenido nunca fuerza, no he sido lo suficientemente poeta para expresar de una manera profunda, con la profundidad de aquellas vidas, todo el heroísmo, todo el sacrificio y toda la vida de mis hermanos. Cuántas veces mis hermanos me han dicho: ¿Por qué no escribiste un gran poema para el sacrificio de nuestras madres, un gran poema para el sacrificio de nuestras mujeres? Y yo, que hubiera besado mil veces donde pisaban aquellas madres y aquellas mujeres nuestras, sin embargo nunca pude hacer un poema para ellas. Nunca pude hacer un poema para ellas porque yo comprendía que mi voz no alcanzaba su sacrificio, que mi voz era más pequeña que su corazón, que nunca reuniría la fuerza necesaria para hacer un poema que estuviera a la altura de ese sacrificio, de esa vida.

CON cientos y cientos de historias como la de Ana Faucha, con cientos y cientos de palabras inmortales, que dejaron escritas miles de compañeros míos que fueron asesinados en madrugadas inolvidables, con todo el dolor, con toda la esperanza de los presos políticos españoles, con todo el ejemplo y la lealtad de nuestras mujeres, ¿cómo iba a ser difícil, escribir poesía en la cárcel? ¿Cómo no iba a ser muy fácil ser poeta en una prisión de España? En esas condiciones he escrito yo mis versos, y yo creo que si ustedes hubieran vivido de cerca el martirio de mis hermanos y el orgullo de nuestras mujeres, ustedes dirían que mi poesía no vale nada. Ustedes llegarían a una conclusión muy clara y que sinceramente yo les explico aquí: llegarían a una conclusión de que no es buena poesía la que no es capaz de expresar el dolor, que no es capaz de expresar suficientemente la esperanza, y yo les digo sinceramente que mi poesía está muy por debajo de esa realidad, está muy por debajo del dolor, está muy por debajo de la esperanza que yo he vivido y compartido con mis hermanos en las cárceles españolas.

Pero sin embargo, vi que mi poesía era una manera que yo tenía de golpear los muros, era una manera que tenía de tocar el corazón de los hombres y las mujeres del mundo, era una forma que tenía de clamar solidaridad para nuestras familias y para nosotros mismos, y por eso seguí escribiendo, aunque cada poema se me caía de las manos

porque veía que no era el grito que tenía que proferir, que aquella no era la bandera que yo tenía que izar en el medio de la noche de las cárceles. Miraba a mis hermanos cerca de mí y veía que en sus ojos había mucha más poesía, mucha más esperanza, mucho más dolor que lo que había podido escribir en aquel papel, y cuántas veces rompí poemas que ya no conoceremos nunca, y cuantas veces me desilusioné con aquellos poemas que escribí, que acaso conmovieron al mundo, pero que sin embargo no respondían a la gran estatura que tenía el corazón de mis hermanos, a la gran estatura que ha tenido y sigue teniendo la lealtad de nuestras mujeres.

EN una celda de la prisión de Burgos comencé a escribir mis primeros poemas. Jamás había hecho literatura. Sólo había escrito artículos en los periódicos de la juventud, había hecho lo que se llama literatura política, pero nunca, a pesar de que dicen que todos los jóvenes escriben versos de amor, nunca había escrito yo un solo verso. Fue en el año 1954 cuando comencé a escribir al calor de unos libros clandestinos de Antonio Machado, de Miguel Hernández y de Rafael Alberti, que los compañeros pudieron colocar subrepticiamente en el petate cuando me encontraba castigado. En aquel ambiente empecé a escribir. Después, los poemas para mí fueron ya una necesidad interior, era sobre todo una manera más de luchar, de promover nuevas formaciones de solidaridad con nosotros y con nuestras familias. Porque quiero decirles aquí, y de paso, que no crean ustedes que yo soy un poeta esencial. Yo soy un hijo de la clase obrera. Yo no soy un intelectual, aunque es natural que son respetables y tienen más méritos los intelectuales que vienen a nuestro campo, al campo de los trabajadores, a identificarse con nuestra causa. Pero sin embargo, mi caso no es ese. Yo soy un hijo de la clase obrera destacado en el campo intelectual, con una formación de clase, y por eso, encontrándome yo en Inglaterra, en una gran sesión que se dio en el Congreso del Partido Liberal inglés, al presentarme alguien dijo que los poetas éramos seres especiales, que los poetas no éramos de nadie, que los poetas cantamos la esperanza y cantamos el amor por encima de todas las cosas. Tuve que interrumpir a aquel venerable señor para decirle que yo era un poeta de pueblo, que yo era un hijo de la clase obrera, y que mi poesía estaba siempre al servicio de la lucha por la libertad de mi pueblo. Y que así como hay poetas inefables que dicen que no podrían vivir nunca sin su poesía, sin escribir poesía, yo aunque amo profundamente la poesía sé que es una necesidad para mí, estoy seguro de que podría vivir a pesar de todo si se secasen un día las fuentes de mi canto. Pero de algo sé que estoy completamente seguro, y es que yo no podría ya vivir nunca si no tuviera esta bandera, si no tuviera estas ideas, si no tuviera toda mi vida al servicio de la dignidad humana, al servicio de la libertad de mi pueblo y de todos los pueblos del mundo.

POR eso mi poesía es una poesía comprometida, comprometida con mi corazón, comprometida con mi pueblo, comprometida con la dignidad humana. Mi poesía es una poesía militante, es una poesía que está al servicio de cosas muy concretas, pero al mismo tiempo yo creo que es poesía también. Y en toda la producción que yo he hecho y que aquí no se conoce más que una parte, en el Uruguay, hay dos vertientes muy importantes que, sobre todo los especialistas, la gente que tiene interés en la poesía, comprende perfectamente. Una poesía muy concreta que se puede localizar en tiempo y en espacio en que ha sido escrita esta poesía, que leyéndola se sabe que está escrita en España y hasta en una cárcel de España, y en nuestro tiempo, y otra poesía, quizás la más importante, que tiene un fondo universal, que no se puede localizar ya en el tiempo ni en el espacio, y que lo mismo hubiera podido ser un poema escrito por Marcos Ana que por Silvio Pellico, lo mismo en España que en Italia, lo mismo en este siglo que en la Edad Media. Porque son los problemas que el hombre, sepultado en una vida que no le es natural, se plantea ante esa adversidad que le ciega en una tumba. Son poemas, como los de **La vida**, son poemas como los de **Mi corazón es patio**: es la vertiente más universal, posiblemente la más profunda.

YO he tenido que escribir esta poesía en condiciones muy difíciles porque en la cárcel estaba prohibido escribir poesía y mucho más la poesía que yo he escrito en las prisiones. Y ustedes no saben quizás lo difícil que es escribir al filo de una espada. Dicen que el poeta, que el escritor, tiene que tener soledad, tiene que tener un clima especial, tiene que poder concentrarse y meterse en su propia obra, vivir sus personajes y sus temas de una manera profunda olvidándose de todo lo que le rodea. Yo no podía escribir así mis poemas, tenía que estar escribiendo y atento al mismo tiempo a los pasos de los guardianes, escuchando los alertas de los centinelas, teniendo que romper muchas veces mis poemas apenas empezados. Es muy difícil escribir así. Por eso hay muchos poemas míos que están cortados con la presencia de los guardianes, con el alerta que han dado mis compañeros que montaban celosamente la vigilancia para que yo escribiera y terminan así de una manera natural poemas que tenían cuerda para mucho más, pero que sin embargo tuvieron ese corte perfectamente legítimo en las condiciones en que yo los escribía. Como ustedes observarán también en mis poemas hay versos que parecen surrealistas, pero que sin embargo tienen una profunda realidad, una concreta realidad. En un poema titulado **"La noche es mi refugio"**, yo estoy explicando al mundo que sólo en la noche puedo poner en pie mi palabra, puedo construir mis poemas, puedo tomar contacto con el mundo, que sólo **cuando duermen los ojos y las llaves** puedo escribir mis versos. Y termino diciendo después, **cuando amanezcan los ojos y las llaves me guardaré la voz en un zapato**. Aparentemente éste es un verso surrealista, pero tenía una profunda realidad, porque en efecto, en cuanto amanecían los ojos y las llaves, yo tenía que coger el pequeño poema que estaba escrito, a medio escribir y guardármelo en un zapato. Me tenía que guardar la voz en un zapato durante todo el día para sacarla nuevamente a la noche y continuar este poema. En esas condiciones yo he escrito.

PERO he escrito al mismo tiempo con grandes estímulos para mi canto, porque me rodeaba, como les explicaba, esa solidaridad de mis hermanos, esa esperanza de mis compañeros, ese heroísmo de los hombres que se encontraban cautivos conmigo. Tenía además la costumbre, lo cual era un robo muy provechoso para mí y lo sería para cualquier escritor, de hablar cada día con un compañero mío. Yo cogía siempre a un compañero distinto y le decía: "Hoy es lunes, el jueves quisiera hablar contigo. Me gustaría que pensases lo más extraordinario que haya en tu vida, en lo que hayas vivido más, profundamente, en lo que te haya impresionado hasta la raíz misma de ti". Y aquellos hombres, que eran todos excepcionales, que eran luchadores, hombres que habían arriesgado su libertad y muchos la vida, ¿quién no iba a tener un episodio interesante, un episodio conmovedor? Y así cada día iba recogiendo de mis hermanos lo mejor que habían vivido, lo más intensamente dramático, heroico, que habían conocido, que habían tenido en sus propias vidas. Y con ese material yo escribía y tengo al mismo tiempo acumulado recursos para hacer un gran libro que espero tener algún día para hacerle y que titularé **"La noche de las cárceles"** y que va a ser la historia de estos veintitrés años de prisión. Con estos estímulos para mi canto yo podía escribir, creo que con alguna facilidad.

Quiero que me quede tiempo para recitarles al-

(Pasa a pág. siguiente)

EL POETA NACE EN...

(Viene de pág. anterior)

gunos poemas, antes sobre todo que se me termine la voz, porque como me parece que saben ustedes, he estado enfermo en el Brasil, he perdido la voz casi completamente y estoy preocupado por si no mantengo aquí toda la jornada. Pero quiero al mismo tiempo explicarles algo que dije un poco rápidamente y que me gustaría que quedase claro para todos ustedes. Desde que he salido de la cárcel, hace aproximadamente año y medio, he recorrido todos los países de Europa, he visitado después Cuba, el Brasil y ahora me encuentro aquí entre ustedes. He recibido en todas partes un favor quizás inmerecido, el aplauso y la adhesión de miles y miles de hombres y de mujeres. Yo no cumpliría con mi deber si no repitiese en cada acto esas mismas palabras para que ustedes comprendan de qué única manera, en qué estricta condición, yo comprendo y recibo los homenajes y los aplausos que se me brindan. Estén ustedes completamente seguros de que yo no entiendo nunca los aplausos y los homenajes que me brindan en cualquier parte del mundo, y hoy aquí, en Montevideo, y esta tarde en este salón, como homenajes personales. Porque yo no he hecho nada más que cumplir con mi deber. Si alguien piensa que alguno debe pagarme algo por la vida que he tenido, yo quiero decirle que está equivocado. Yo he vivido la vida que he preferido vivir, y no cambiaría mi vida por cualquier otra vida en este mundo. Yo he vivido una existencia que me ha hecho feliz a pesar de mis veintitrés años de cautiverio, a pesar de haber estado dos veces en la pena de muerte, dos años la primera vez, nueve meses la segunda, a pesar de que he sido cruelmente torturado, a pesar de que he perdido a mis padres en este largo cautiverio, a pesar de todo yo he preferido vivir esa vida, la vida dura, pero la vida noble de un revolucionario.

Al mismo tiempo, como explicaba anoche en la conferencia de prensa, en algunas ocasiones lo he explicado aunque no se ha comprendido del todo, les digo con toda sinceridad, que hecho lo más fácil. Que el hombre siempre cuando se encuentra en una alternativa que puede ser definitiva para su vida, elige siempre aquel camino que representa su máxima expresión vital, que sopesa esos caminos y en fin de cuentas se queda con el que le cuesta menor trabajo seguir. Esto parece una especulación y es sin embargo una profunda realidad. Yo he podido soportar veintitrés años de prisión, yo he podido soportar dos veces la pena de [illegible] pero sin embargo estoy completamente seguro que jamás hubiera tenido fuerzas suficientes para la renuncia, fuerzas suficientes para la traición. Y cuando allá en la cárcel he visto algunos hombres que estaban arrinconados en el patio de la prisión con la cabeza baja ante nosotros, y que cuando nosotros pasábamos por delante de ellos los escupíamos con desprecio, yo no sabía de dónde sacaban aquellos hombres fuerza para tanto, porque es mil veces más difícil comportarse como un traidor que comportarse como un revolucionario. Por eso les repito una vez más que yo no recibo estos homenajes como algo que personalmente yo merezca, porque haya hecho un record excepcional en este mundo. Sin embargo, me son gratos escuchar esos aplausos, me encuentro profundamente conmovido cuando visito un país y veo la bienvenida que me tributan, porque yo siempre recojo esos homenajes y comprendo esos aplausos como una manera que tienen ustedes de rendir tributo a los presos políticos españoles, de rendir homenaje al drama de sus mujeres y de sus hijos, y a cuantos están arriesgando diariamente su libertad y su vida en la noche de España. En nombre, por lo tanto, de los presos políticos españoles, en nombre de sus mujeres y de sus hijos, en nombre de cuantos luchan por la libertad y por la vida en mi país, yo les doy